Depósito Legal: Z 67- 2002
ISSN: 1578 - 9373

EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO

(Pensamientos sobre la novela)

Antonio Viñuales Sánchez

Homero y Hesiodo anticipan el paso del *mythos* al *logos*. Este paso supone un primer esfuerzo unificador (al menos el de mayores repercusiones) de todos los saberes y creencias, que permite alumbrar la imagen de un nuevo mundo, una Teogonía, al tiempo de nacer un nuevo hombre, el hombre histórico. Ambos instrumentos, *mythos* y *logos*, utilizan un mismo medio para aprehender lo desconocido, la imagen. Esta imagen se define como la reflexión sobre la que es posible la identidad. Nuestra idea del hombre y del mundo, de la identidad, será heredera de sucesivas revalorizaciones entre *logos* y *mythos*.

Hasta Platón, la valorización de ambos instrumentos del conocimiento parece correr la misma suerte. Durante este periodo, todo puede y todo debe explicarse, hacerse familiar, lo que significa otorgar un lugar a cada misterio. Las leyendas, los ritos, el culto a la tradición son los cofres que almacenan dichas explicaciones, un plano de esos lugares. Al recurrir a ellos se comprende que cualquier acontecimiento es la proyección de otro anterior, originario, que le dota de significado, que le confiere realidad; basta recurrir a la tradición para saber qué lugar en el mundo ocupa cada nuevo misterio. Sin embargo, y por los resultados históricos, sabemos que ya durante esta época se estaba produciendo un

progresivo detrimento del mito: la realidad estaba renunciando a uno de sus padres, se alejaba progresivamente de su hogar.

La figura de Sócrates representa esta tensión entre *logos* y *mythos*: el enfrentamiento con los sofistas, la utilización del mito. Asimismo, el pensamiento platónico sobre el origen de las ideas y el sentido que éste otorga a la palabra *neuma*, soplo, alma, (es a través del alma como se integran las ideas) son un intento por completar, conciliando, la eminente fragmentación de la realidad que supone la renuncia del mito.

Los ejemplos utilizados por Platón para defender la necesidad de un pensamiento mítico si aspiramos a conocer la realidad coinciden, aunque con resultados bien distintos, con los utilizados por los sabios y brahmanes orientales, para quienes toda idea debe someterse a un juicio de la verdad (eternidad). Pitágoras, transmisor e impulsor de buena multitud de saberes y creencias comunes a ambos lados de lo que hoy, de manera vaga, hemos convenido en denominar Oriente y Occidente, encarna esta división y nexo del pensamiento, entre mítico y lógico.

Los historiadores de las religiones, lingüistas e indagaciones del psicoanálisis, han puesto de relieve algo que anticipa el sentido común, y es que pensar en la existencia única, pura, de un solo mecanismo de conocimiento, más aún si aceptamos que en el pensamiento, como en cualquier otro proceso de la naturaleza, la simultaneidad es un rasgo vertebrador, es no solamente ingenuo sino que además adultera la misma realidad, ya que niega los sustentos sobre los que ésta ha sido imaginada, creada, *mythos* y *logos*.

Aquellos cofres que explicaban la realidad, aquellas zonas a las que la comprensión no podía acceder sino a través de la reflexión, y que mientras exista el hombre existirán, aquellas leyendas, ritos, cultos, continúan hoy como ayer, a veces enmascaradas o latentes, cumpliendo esa misma función de otorgar un lugar en el mundo, de familiarizar la vida. Y uno de esos cofres, un cofre escrito con letras de oro y estaño desde que el hombre es hombre, con sus rituales y grietas, es la literatura.

En cada obra duerme la imagen de un hombre que espera para testificar la realidad. Esas imágenes son la materialización de un lugar que ese hombre, cualquiera, tú mismo, ha ocupado en un momento de su devenir; son una seña,

una huella de vida. Ocupación, pues, levantada sobre un determinado entendimiento, por una determinada alma. Por eso el hogar de la literatura sólo puede ser su mudanza, como una serpiente que abandona su piel, pero sigue siendo, después de cada ciclo. A pesar de su realidad, de la imagen que haya

forjado, la naturaleza del hombre es siempre una; la función de la literatura consiste sólo en otorgarle credibilidad. Por eso, más allá de géneros o temas, una novela de este siglo se hermanará con otra del siglo XVI y ésta a su vez con otra que habrá de venir porque son hijas del mismo esfuerzo, del mismo calor, de una imaginación.

Así, puede reconocerse que estamos de pleno en un movimiento de aproximación que, aunque las leyes del mercado lo escondan y lo arrinconen, augura tiempos favorables para la imaginación, para el pensamiento, que subyace debajo de cada hombre. La progresiva toma de conciencia de la adulteración de la realidad pasada ha sido ejemplificada de manera contundente desde la primera Gran Guerra, basta con pensar en las similitudes entre las reivindicaciones surrealistas y el pensamiento mítico o con el incesante flujo de pensadores y traducciones de obras de una a otra parte del mundo, así como el estudio de sociedades arcaicas, la semiótica, la fobia al logocentrismo, etc. Estamos en un tiempo en el que todas las puertas por donde el aire de la vida sople, desde todas sus aristas, y la literatura entre ellas, se abren irremediablemente para dejar pasar a una realidad plena.

© Antonio Viñuales Sánchez 2002, Caminos de Pakistán.